

El Padre Pedro Arrupe

Gustavo Gutiérrez

"Arrupe, no se cansaba de preguntar por las circunstancias del asesinato y entierro de Mons. Oscar Romero".

De cuando en cuando surgen personas que, con su profundo testimonio, su palabra profética y su creativa fidelidad a la Iglesia, lanzan nuestra fe y esperanza por nuevos derroteros. El P. Pedro Arrupe, que acaba de fallecer, fue una de esas personas. La trombosis cerebral que lo golpeó al regreso de uno de sus tantos viajes en agosto de 1981 no pudo minar su temple de vasco sino lentamente. Vio primero desaparecer su capacidad para escribir (con coraje intentó reaprender a hacerlo), y disminuir su expresión oral; poco a poco se fue hundiendo en el silencio hasta que perdió contacto con el mundo exterior. Finalmente se hizo plena para él la importancia de Dios ante quienes siempre vivió. Se trata, sin duda, de uno de los grandes hombres de la Iglesia de nuestra época. Alguien que, según la bella expresión de Juan XXIII, supo mirar lejos.

Saber Escuchar

Tradicional y audaz al mismo tiempo, la doble marca de los verdaderos renovadores, imprimió su sello no sólo en la Compañía de Jesús, de la que fue Superior General por dieciocho años, sino también en la vida religiosa y en el compromiso cristiano de toda la Iglesia.

Poco después de su ordenación sacerdotal partió a Japón, país que hizo profundamente suyo. Allí se inició en el respeto y la humildad que todo misionero auténtico siente ante un mundo ajeno a la fe cristiana explícita. Se encontraba en Hiroshima cuando en agosto de 1945 cayó sobre sus habitantes la bomba atómica, arma inusitada y atroz. Quienes han visto las fotografías de los rostros aterrados y los cuerpos mutilados de Hiroshima, pueden imaginar la huella que esto debe haber dejado en un hombre que fue testigo presencial de los hechos y compartió los sufrimientos de ese pueblo.

La experiencia misionera de don Pedro (así se le llamaba cariñosamente) lo llevó a escribir, muchos años después, a quienes trabajaban por el Evangelio en África: *“es necesario recibir mucho antes de poder dar, aprender primero”*. Norma pastoral, sencilla en su enunciado, pero cargada de consecuencia en la práctica: *ella fue también una pauta, pero cargada de consecuencia en la práctica: ella fue también una pauta de comportamiento para él*. Dialogar con el P. Arrupe era eso, dialogar. Sabía escuchar. Las altas responsabilidades que desempeñó, las muchas cosas que tenía que decir, la autoridad de que gozaba, no le hicieron jamás olvidar que toda persona tiene algo que aportar y que debe ser oída. Su fuerte personalidad no apabullaba, sostenía. Su mirada amiga asomaba algo tímida encuadrando su agudo perfil (con humor, decía que su nariz aguileña le impedía pasar desapercibido en las calles de Roma). Por eso cuando durante la conversación venía su palabra de aliento, ésta no tenía nada de la clásica palmada en el hombro de quien tiene que pasar pronto a otra cosa. Era la opinión y el consejo de alguien que había compartido de verdad, las dificultades -siempre superables en la fe- para vivir el momento con esperanza y alegría.

Fe y Justicia

Nombrado general de la Compañía de Jesús en 1965, poco antes de la cuarta y última sesión del Vaticano II, hizo de la perspectiva conciliar la gran inspiración del encargo recibido. El mundo alejado de la fe sustituyó su gran preocupación. Supo valorarlo y apreciar lo que la Iglesia podía aprender de él. Si la Iglesia se cierra sobre sí misma, pierde su impulso misionero que es lo propio de ella. Hijo de Ignacio de

Loyola, le angustiaba que el mensaje cristiano no fuese fermento y vida en el mundo de hoy.

Temprano, en 1966 y 1968, envió cartas a los provinciales de América Latina recordando que la justicia -para decirlo con los términos que Juan Pablo II usará más tarde- es "intrínseca a la evangelización". Estos textos fueron hitos en la marcha hacia la Conferencia Episcopal de Medellín (1968). En ella participó el P. Arrupe, que siempre dispuesto a escuchar, fue sensible a la opción por una liberación integral, tomada por la Iglesia en América Latina ante la inhumana pobreza en que vive la mayoría de los habitantes de este continente.

En víspera de un acontecimiento decisivo, la XXXII Congregación General de la Compañía de Jesús (1974-1975), el P. Arrupe decía: *"La Iglesia ha insistido reiteradamente en que no hay verdadero amor a Dios sin amor al prójimo, y que no hay amor al prójimo sin justicia. Nuestra misión apostólica y nuestra misión social no son, pues, dos misiones distintas, sino dos aspectos complementarios de una única e idéntica misión: aspectos que se necesitan mutuamente"*.

Dicha asamblea estableció un lazo estrecho entre fe y justicia, que ha marcado la vida de la orden jesuita en nuestros días y que fue una palabra fecunda para toda la Iglesia. En el fondo no era sino retomar una postura eminentemente pública y tradicional que en la historia de la Iglesia tiene en los padres de los primeros siglos a sus principales representantes. Pero ella fue asumida en las condiciones concretas del mundo de hoy y "en el sentir con la Iglesia" que caracteriza la espiritualidad de Ignacio de Loyola.

Atento a los signos de los tiempos

El P. Arrupe no se colocó en un ángulo muerto de la historia para verla pasar, su amor a Cristo y su Iglesia lo llevaron más bien a comprometerse con los grandes desafíos, con los signos de los tiempos. La pobreza en el mundo y la renovación de la vida religiosa, el discernimiento ante el análisis marxista y la catequesis, el compromiso por la justicia y la dimensión contemplativa de toda vida cristiana, la inculturación y la disponibilidad apostólica, los valores del mundo moderno y la responsabilidad de los cristianos en el ateísmo contemporáneo, fueron algunos de los temas vastos y diversos que no

temió abordar como ciudadano de este mundo y como miembro de una Iglesia universal. No es extraño, en consecuencia, que a veces su celo evangelizador sin fronteras ni cortapisas fuese incomprendido. Esta dificultad no lo amilanó. "Nuestro compromiso con el pobre nos llevará -decía- no raras veces a sufrir con ellos y como ellos". Hombre de oración vivió todo esto en honda fidelidad al Señor y en fecunda comunión eclesial.

El P. Arrupe estuvo varias veces en América Latina y en el Perú. La presencia presente en este continente fue una de sus grandes preocupaciones. Como ya lo recordamos, estuvo en Medellín y más tarde en Puebla. Vio en esas conferencias una creatividad continuidad con el Concilio Vaticano II. Una zona de esta región le fue particularmente querida: América Central. Tuvo muy cerca de su corazón a los jesuitas que trabajan en ella. No se cansaba de preguntar por las circunstancias del asesinato y del entierro de Mons. Oscar Romero. Estuvo unido a él por una gran amistad y tuvo oportunidad de confortarlo durante las visitas que el arzobispo de San Salvador hizo a Roma. Don Pedro apoyó con todas sus fuerzas la labor de paz basada en la justicia que realizaban los cristianos de ese país y los miembros de su orden. Algunos lo acusaron por esto de debilidad. ¿Qué dirán ahora que la impronta del martirio ha marcado el compromiso de esos amigos queridos y admirados y ha hecho evidente el significado evangélico de su opción?

Su estado de salud no le permitió tomar clara conciencia del cruel asesinato de los jesuitas en El Salvador, pero siempre supo que ellos estuvieron animados por la contemplación del amor y por el sentido de los más pobres. En una ocasión escribió: "Una cosa es cierta: la verdadera alegría de Cristo nace del amor y el camino para conseguirla es la cruz". Hoy al lado del Padre, la alegría del encuentro con sus amigos y hermanos debe ser motivo más de consolación que confirma la elección, el camino que juntos hicieron.

"Arrupe es uno de los grandes de la Iglesia de nuestra época. Alguien que, según la bella expresión de Juan XXIII, supo mirar lejos".